

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

# Aproximaciones Teórico- Metodológicas a la Grupalidad Juvenil.

Silvana Sanchez.

Cita:

Silvana Sanchez (2007). *Aproximaciones Teórico-Metodológicas a la Grupalidad Juvenil. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/36>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/EvR>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# *Aproximaciones Teórico-Methodológicas a la Grupalidad Juvenil*

## *Theoretic-Methodological Approaches to the Youth Group*

Silvana Sanchez\*

### **Resumen**

Este trabajo propone reflexionar sobre algunos enfoques teórico-metodológicos que prevalecen en las actuales investigaciones sobre la temática del grupo juvenil. Intentamos recorrer tres categorías teóricas inscriptas en distintas tradiciones: *bandas/pandillas – subculturas juveniles – tribus urbanas*, y recuperar algunos cuestionamientos que su empleo ha generado dentro del campo antropológico. Asimismo, revisamos la noción de *grupos primarios* y reflexionamos sobre el renovado interés por los mismos en la actualidad. Luego explicitamos el modo en que hemos concebido al grupo juvenil en una investigación reciente en la ciudad de Rosario, argumentando la opción por una concepción relacional y presentando la perspectiva de análisis construida.

**Palabras Claves:** juventud, grupalidad, categorías teóricas, enfoque relacional.

### **Abstract**

This work proposes to reflect on some theoretical-methodological approaches which prevail in nowadays researches on the topic of the youth group. We try to do way through theoretic concepts belonging to different traditions: *youth gangs – youth subcultures – urban tribes*, attempting to recover some debates the use of them has generated within the anthropological field. We also review the development of the *primary group* category and we think about the contemporary interest on it. We finally focus on the way we have defined the grupality of young people in a recent research carried out in Rosario city, explaining the option for a relation perspective, and presenting the model designed for the analysis.

**Keywords:** youth, grupality, theoretic concepts, relation perspective.

### **1- Principales enfoques en torno a la temática del grupo juvenil**

Desde hace casi un siglo, los científicos sociales se han sentido llamados a dar cuenta de una práctica gregaria frecuentemente observada entre los jóvenes de las ciudades, mediante la cual éstos tienden a conformar e insertarse en instancias colectivas generadoras de pertenencia e identificación. Estos espacios de congregación juvenil son de índole muy diversa, y pueden ir desde la «barra de la esquina», a colectivos políticos, religiosos, o expresiones estilísticas.

En este apartado presentaré las líneas de investigación más relevantes desarrolladas en los países centrales para abordar esta temática. Propongo un recorrido a través de tres categorías teóricas identificadas como las más comúnmente empleadas para conceptualizar las formas grupales juveniles: *bandas/pandillas - subculturas juveniles - tribus urbanas*. Se trata de aproximarnos al contexto sociohistórico y al encuadre teórico-metodológico en que surge cada una de estas categorías, pensar cómo son vistos los sujetos juveniles desde las mismas, y reflexionar sobre la fuerza con que continúan poniéndose en juego en los actuales discursos sobre juventud.

#### **a) Sobre las bandas**

En general existe consenso acerca de que la reflexión e investigación sobre grupos juveniles en las ciudades fue inaugurada en los Estados Unidos en la década del '20, por los sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago. La poderosa e industrializada ciudad de

---

\* Centro de Estudios Antropológicos en Contextos Urbanos (CEA-CU), Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Entre Ríos 758, 2000 Rosario, Argentina. ssanchez@unr.edu.ar

Chicago de principios de siglo -así como otras ciudades de Estados Unidos- estaba experimentando un crecimiento acelerado, al compás de importantes flujos migratorios procedentes tanto de las zonas rurales del país, como de distintas naciones europeas. Las nuevas formas de vida urbana que se iban gestando como resultado de estos procesos atrajeron el interés de los autores de esta Escuela. Junto con estudios sobre el mundo de la clandestinidad y la marginación social, la proliferación de «*pandillas juveniles*» figuró entre sus preocupaciones centrales. Estas fueron concebidas como un tipo de comportamiento social propio de los «barrios bajos» de la gran metrópoli, y se las caracterizó como una forma de «desviación», como una conducta que infligía el orden social constituido.

Se destaca la investigación de Thrasher (1960 [1927]), que intenta ver las causas de esa «desviación juvenil» para lo cual realiza un vasto estudio sobre las pandillas en la ciudad de Chicago. Define a la banda como «un grupo intersticial, en su origen formado espontáneamente, y luego integrado a través del conflicto. Se caracteriza por los siguientes tipos de comportamiento: encuentro cara a cara, batallas, movimiento en el espacio como una unidad, conflicto y plan. El resultado de este comportamiento colectivo es el desarrollo de una tradición, una estructura interna, espíritu de cuerpo, solidaridad, moral, conciencia de grupo, y apego a un territorio local.» (Thrasher, 1960/1927: 46, traducción propia). El autor presenta a estas bandas como un ámbito de afirmación de valores alejados de los principios convencionales de la sociedad, que de este modo funcionan como un «sustituto de lo que la sociedad no es capaz de dar» y proporcionan alivio ante un contexto social que caracteriza por la «desintegración de la vida familiar», la ineficacia de las escuelas y la iglesia, la indiferencia de la política, los bajos salarios y el desempleo (Thrasher, 1960/1927).

Aunque resulte paradójico, en la visión de Thrasher las pandillas son concebidas como una respuesta organizada en un contexto de desorganización social, como un intento de dar a luz un orden moral en condiciones de confusión.

En esta misma línea se inscribe la obra clásica del sociólogo William Foote Whyte (1977/1942), quien aborda el tema de las «bandas callejeras» en la ciudad de Boston de los años '30. A través de la convivencia con una familia de inmigrantes del barrio italiano de Boston, el autor accede a conocer el funcionamiento cotidiano de una de las bandas que los hijos de inmigrantes italianos conforman en las esquinas de su barrio. En par-

titular explora los mecanismos de liderazgo, lealtades y ayuda mutua, como aspectos centrales de la cohesión grupal. A su vez, contrapone los *street corner boys* con los *college boys* que constituyen otro tipo de banda presente en el barrio, y se diferencian de los primeros por su acceso a la educación superior. (Feixa, 1992). En general, se considera que el estudio de Whyte rompe con un aspecto del modelo chicaguense, en tanto demostró que aún las áreas supuestamente desorganizadas, como el *slum* italiano, muestran una fuerte integración social a través de una organización propia. Durante algunas décadas, los estudios produjeron una imagen hasta cierto punto positiva de las pandillas, ya que se afirmaba que éstas favorecían la socialización de los jóvenes dentro del modelo económico-político imperante. Para la Escuela de Chicago, en un contexto de desintegración social y de transformaciones veloces las pandillas aseguraban la integración de los jóvenes a la sociedad americana. (Kessler, 2002).

Sin embargo, «a partir de la década de 1950 surge un auténtico estallido de nuevos estudios que empiezan a catalogar y a reconocer dentro de las pandillas sus aspectos negativos, capaces de transformarse en una auténtica amenaza social» (Castillo Berthier, 2004: 113). La teoría funcionalista, hegemónica en la academia desde la segunda posguerra, centró su preocupación en torno a aquellos grupos aún no integrados a la sociedad, es decir, aquéllos que aún no alcanzaban los logros y valores de la clase media en ascenso, en un contexto de capitalismo triunfante, crecimiento económico y auge del consumo. Las bandas constituirían un tipo de comportamiento desviado o anómico que se desarrollaba en respuesta a la insatisfacción experimentada por sectores marginales que aún no lograban adquirir los valores básicos de la sociedad. (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

De este modo, el estudio de las *bandas* debe entenderse en relación a la dificultad de algunos jóvenes para alcanzar dichos logros sociales en forma legítima (estudio, trabajo), lo cual se articula a la concepción mertoniana de *anomia*. Debe repararse en que esta concepción se aparta de la noción inicialmente propuesta por Durkheim. Para Merton, la *anomia* tiene que ver con la limitación de los medios: los individuos saben lo que quieren, pero no saben cómo llegar a ello. Mientras que para Durkheim, la *anomia* está en relación con la ilimitación de los fines: la *anomia* acaece en períodos en que los individuos ya no saben qué pueden esperar. (Kessler, 2004). El eje de la argumentación funcionalista giró en torno al desajuste entre los objeti-

vos considerados legítimos por una sociedad y los medios para alcanzarlos. Merton propuso el concepto de «innovación» para referirse a la construcción de medios ilegítimos para acceder a fines dados, abriéndose una corriente de trabajos que consideraron a las bandas como formas de resolución colectiva de la frustración. (Kessler, 2004).

Conjugando estas concepciones, las bandas o pandillas comenzaron a ser conceptualizadas en términos de criminalidad y «desviación social», con énfasis en sus elementos «antisociales». Hagedorn (2005) señala que entre los '50 y los '70 se produjo un cambio en la etnicidad de las bandas norteamericanas. De ser un fenómeno temporario de los barrios «desorganizados» de inmigrantes europeos con posibilidad de movilidad ascendente, pasaron luego a presentarse mayormente en los guetos segregados más permanentes, formados por negros y latinos, que serán vistos ahora como un «problema de crimen»<sup>1</sup>.

En los Estados Unidos, los estudios sobre bandas o pandillas han tenido continuidad hasta el presente, en un conjunto de investigaciones encaradas tanto desde la Sociología y la Antropología, como desde la Criminología. En su mayoría, estos trabajos enfocan la conformación de grupos juveniles de tipo «pandilleril» como una característica de la segunda generación de migrantes a las ciudades, que le permite al joven establecer lazos de identificación en el marco de dichas situaciones migratorias. En este sentido, se han producido una gran cantidad de trabajos sobre la juventud negra, hispana, italoamericana, chicana, asiática, etc. En general en estos estudios se aplican métodos y técnicas propios del trabajo de campo antropológico, y los conceptos empleados son principalmente los de «*pandilla juvenil*» o «*banda callejera*».

La línea de pensamiento que va de la Escuela de Chicago al funcionalismo, con su bagaje teórico-conceptual, puede ser reencontrada, al menos parcialmente, en la mayor parte de los actuales estudios sobre bandas en los EE.UU., que también adscriben a la teoría de la infraclass, de cuño más reciente.

Por ejemplo pueden referirse las investigaciones de James Short, quien desde los '70 trabaja sobre bandas en la ciudad de Chicago y Joan Moore (1991, citado en Hagedorn, 2003), en el contexto de Los Angeles. Estos autores comparten una mirada similar sobre las bandas, que retorna a la tradición de Thrasher y la Escuela de Chicago. Se esfuerzan por destacar que ni la criminalidad ni la violencia son características que definen a la banda, y prefieren concebirlas como grupos de pa-

res socializados por la calle más que por las instituciones convencionales, que en general están vinculados a un barrio específico, y que se auto-definen como banda. Proponen entender cómo surgen, por qué persisten, y cómo es posible explicar la creciente relación de las bandas con el delito, la violencia y la droga. En este sentido, la «desviación juvenil» no sería un fenómeno patológico, sino el resultado de ciertas condiciones sociales que hay que indagar. (Hagedorn s/f)

John Hagedorn, es otro de los autores que se asume como heredero de la Escuela de Chicago, e intenta identificar aquello que particularmente caracteriza a las bandas de la era post-industrial. Puntualiza que algunas de ellas han incorporado funciones económicas, como la distribución de drogas, y han llegado a convertirse en «empresas de negocios dentro de la economía informal»; incluso en algunos casos se vinculan con carteles criminales internacionales. También cumplen roles variables en relación con las instituciones sociales, políticas o religiosas. A su vez, encuentra que es creciente la participación de adultos en las bandas, usualmente asumiendo funciones de liderazgo (Hagedorn, 1998). Para este autor es importante destacar que los '80 y '90 trajeron el comienzo de las bandas como un fenómeno global. Así, las concibe como organizaciones concientes dentro de comunidades pobres, que responden a las condiciones de la globalización, al igual que en el pasado habían respondido a las condiciones de la industrialización (Hagedorn, 2005).

También es importante mencionar el trabajo de James Vigil (1994) sobre las bandas juveniles en los barrios mexicanos del Sur de California. A través del concepto de «marginalidad múltiple», examina los factores que contribuyen a la formación de bandas: segregación en enclaves barriales aislados y precarios, bajos ingresos, pobre desempeño escolar, escaso control paterno, discriminación racial y social, y políticas de gobierno punitivas.

La mayor parte de los autores contemporáneos mencionados incorporan la teoría de la infraclass (*underclass*), consolidada desde los años '80. Consideran que los miembros de las bandas provienen de la infraclass americana, reduciendo en cierto modo sus comportamientos y estilos de vida a su pertenencia a dicha infraclass. Para seguir con la argumentación de Vigil (1994), él considera que en los intersticios urbanos pobres y ruinosos en los que se ven obligados a vivir los inmigrantes mexicanos a los EE.UU., emerge una infraclass con sus propios problemas. Sostiene que en el esfuerzo de adaptación a la vida urbana, algunas

familias lograron estabilizarse y prosperar, pero otras fueron tensionadas en mayor grado y se empobrecieron crecientemente. No obstante reconocerse el peso de las consecuencias del empobrecimiento, el acento se ubica en la carencia de normas, hábitos y valores como una cuestión esencializada. Entonces, dentro de un barrio de clase trabajadora puede desarrollarse una infraclase más pequeña con un conjunto de características que, si bien hasta cierto punto intentan vincularse con el proceso sociohistórico general, terminan presentándose como una «cultura», como comportamientos explicables por referencia a dicho sector social.

### **b) Los jóvenes en los estudios culturales**

Otra línea importante de investigaciones sobre las grupalidades juveniles se va a desarrollar en la Europa de la segunda posguerra, concomitantemente con la emergencia -principalmente en Inglaterra y extendiéndose luego a otros países de Europa y del mundo- de un conjunto de colectivos juveniles organizados en torno a diversos elementos distintivos: vestimenta, accesorios, preferencias musicales, objetos, estilos de lenguaje, así como ciertos comportamientos característicos. Se trata de grupos como los teddy-boys, rockers, mods, skinheads, entre otros que se originaron en las periferias de las grandes ciudades en las décadas del '50 y '60 y suscitaban el interés de las ciencias sociales. El Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de Birmingham promovió en la década del '70 investigaciones en torno a los grupos juveniles británicos de posguerra, las que fueron llevadas adelante por sociólogos, antropólogos y semiólogos y se expusieron en el libro *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain* (Hall y Jefferson, 1983/1976).

Los autores de esta Escuela intentaron explicar el surgimiento de lo que ellos comenzaron a denominar «subculturas juveniles». Hicieron hincapié en la noción de *clase social*, ya que estos grupos se componían mayormente por jóvenes de las clases trabajadoras, en contraposición a quienes analizaban a las culturas juveniles en términos de *conflicto generacional*. Es decir que no es la edad sino la clase la que explica el surgimiento de estos grupos (Feixa, 1992).

En *Resistance through Rituals* se entiende a las subculturas juveniles como la reacción de los jóvenes de sectores trabajadores a la cultura dominante y a la cultura de sus padres. Esta respuesta ya no se expresa a través de la delincuencia, sino por medio de rituales y la adopción de un estilo particular (Lacalle

Zalduendo, 1996). Así, el estilo subcultural juvenil es considerado como pleno de significaciones, capaz de resistir, en el plano simbólico, a la cultura burguesa. Se le ha criticado al grupo de Estudios Culturales el «romanticismo» que implicaba creer en el potencial de «resistencia» que comprenden las subculturas juveniles, sin tener en cuenta sus contenidos conservadores (Feixa, 1992, Castellani, 1994).

Otro aspecto a remarcar es que estos autores establecieron claras diferencias entre las *subculturas juveniles* -como dijéramos, de raíz obrera- y las *contraculturas*, conformadas por jóvenes de clase media. En líneas generales, las primeras implican estructuras más compactas, surgen en contraposición con las instituciones familiares, escolares y laborales y tienden a dar preponderancia a la vivencia sobre el discurso, en tanto que las segundas proponen instituciones alternativas y presentan un discurso ideológico más articulado, lo que para algunos las convierte en formas más peligrosas de disidencia político-moral (Feixa, 1992).

Al igual que ocurriera con la Escuela de Chicago en los EE.UU., también es posible reconocer hasta nuestros días la influencia, o la ineludible referencia al grupo de Birmingham en los escritos que tienen por objeto las diferentes subculturas juveniles europeas. Por ejemplo, en Italia se han desarrollado importantes contribuciones al estudio de los grupos juveniles. Entre otros, se destaca el trabajo de Alessandra Castellani (1994) sobre los skins en la ciudad de Roma a inicios de los años '90, en el que dialoga con la Escuela de Estudios Culturales, y en especial con John Clarke, quien fuera pionero en ocuparse expresamente de la subcultura skinhead a mediados de los '70. Este consideró a la identidad skin como un intento de recrear y dar continuidad a la tradicional comunidad de la *working class* en Inglaterra, que estaba desapareciendo. Castellani argumenta que es muy difícil reconocer las señas de la clase trabajadora y de la cultura de izquierda en los skins italianos de los años '90, y que tal vez, los autores de Birmingham no pudieron ver las vinculaciones del movimiento skin con la derecha institucional en un país que no había tenido una tradición fascista o nazista. La autora propone un enfoque interesante en el que la subcultura skin se pone en relación con el pasado reciente italiano, la tradición política de la derecha en su país, la memoria del fascismo, y los flujos migratorios desde mediados de los '80, con el surgimiento de una nueva etnicidad y una creciente intolerancia hacia otras culturas (lo que en modos diversos, emerge en toda Europa) (Castellani, 1994).

A su vez, uno de los principales exponentes de Birmingham, Dick Hebdige, ha reconocido en una entrevista en 1990 que la idea de una subcultura contrapuesta a la cultura dominante no es más sostenible, y que los jóvenes ya no son portadores de valores opuestos, como lo fuera la clase trabajadora. (Hebdige, 1990, citado en Castellani, 1994).

### c) *Las juventudes tribales*

Hacia la década del '90 se comienzan a vislumbrar transformaciones en los modos de socialidad juvenil, y se esparce el concepto de «tribus urbanas» que alude a ciertos paralelismos entre las formas de agregación juvenil y los grupos tribales «primitivos».

Si bien la terminología tribal ya aparecía en algunas investigaciones anteriores, en 1988 Maffesoli la reintroduce, y a partir de entonces muchos estudios adoptaron la metáfora de las «tribus urbanas» para dar cuenta de las nuevas formas de grupalidad y adscripción identitaria juveniles en el fin de siglo XX, en respuesta al anonimato y la despersonalización de las relaciones sociales.

De acuerdo con Maffesoli (2004/1988) en la posmodernidad se produce un deslizamiento en los modos en que se constituye la vida en sociedad, la cual ya no se configura «a partir del individuo, poderoso y solitario, fundamento del contrato social, de la ciudadanía deseada o de la democracia representativa definida como tal», sino que es, ante todo, «emocional, fusional, gregaria» (p.34). Y sostiene que «asistimos tendencialmente a la sustitución de un social racionalizado, por una socialidad de predominio empático» (p-56). Los procesos de neotribalización contemporáneos presentan los siguientes rasgos: *Comunidades emocionales*, esto es, que se fundamentan en la comunión de emociones intensas, articuladas alrededor de agrupamientos efímeros y de composición cambiante. *Energía subterránea*, las tribus canalizan su expresión oponiendo energía a la pasividad e hiperreceptividad del individuo de la sociedad de masas. *Nueva forma de sociabilidad*: donde lo fundamental es vivir con el grupo. A diferencia del individuo que tiene una función en la sociedad, la persona juega un papel dentro del grupo. *Fisicalidad de la experiencia*: frente a la fragmentación y dispersión de lo global, surge la necesidad de espacios y momentos compartidos en los que se desarrolla un sentimiento de pertenencia y proximidad espacial con un fuerte componente físico: bailar, codearse, golpearse, beber, etc. (Silva, 2002)

Un trabajo que se orienta en esta dirección es el de Costa, Pérez Tornero y Tropea (1996) sobre «tribus urbanas» en España. Apoyándose en Maffesoli, entienden al fenómeno de las tribus urbanas como el resultado de innumerables tensiones, contradicciones y ansiedades que embargan a la juventud contemporánea (Costa et al, 1996). Observan que en los '90 las tribus juveniles se vuelven muy notorias en los medios de comunicación que en general se ocupan de ellas en la nota amarilla, si bien en sí constituyen un fenómeno minoritario. Ubican el resurgimiento de lo tribal en el marco de la compleja sociedad posindustrial que caracterizan por la pérdida de la capacidad cohesiva, el debilitamiento de las fronteras, la desaparición del espacio lugar, el individualismo, la competencia despiadada, la frialdad de las grandes urbes. Estas circunstancias llevan a un aislamiento que va en contra de la «innata tendencia comunitaria» de los sujetos, y que en el caso de los jóvenes se traduce en frustración y angustia. De esta forma, la tribu le ofrece al joven una vía de expresión, de contestación a la sociedad adulta, y de apoyo emotivo.

Desde este enfoque se postula que el concepto de «clases sociales» no resulta operativo, ya que los procesos de tribalización juvenil son profundamente interclasistas, y no se expresan en la división social en clases, sino en la comunicabilidad entre esas clases.

Cada una de las categorías referidas (*bandas – subculturas – tribus*) implica una determinada construcción de las realidades juveniles y sin dudas contribuye a configurarlas. La fuerza con que estos conceptos se presentan en las actuales discusiones sobre la juventud, ha instalado en distintos autores la necesidad de reflexionar sobre cómo éstos son usados y circulan en distintos contextos.

El uso de la noción de «banda» ha sido sometido a algunas críticas interesantes. Ante todo, se enfatiza que hablar de «bandas» puede favorecer el estereotipo legado por la tradición de las ciencias sociales norteamericanas, que como se vio, anudó su estudio primero a los conceptos de «desorganización social» y «desviación», y luego al de «anomia». Pero otras veces, se advierte que la utilización de tal término también se reviste de cierta alusión al «primitivismo», e incorpora una connotación negativa marcada por su origen policial. (Feixa, 1992).

Asimismo, los conceptos de «cultura» y «subcultura» han estado en el eje de la discusión en el campo antropológico. Dentro de la teoría antropológica el concepto de «cultura» nace ligado a la reflexión acerca del

«otro», del diferente étnica y socialmente. Se configura como una categoría amplia y general que resulta pertinente y útil tomada como trasfondo explicativo. Lo que se cuestiona es la extensión de conceptos más generales, como el de «cultura», a situaciones particulares en donde el concepto pierde la riqueza y complejidad de las relaciones y prácticas que intenta captar (Achilli, 1984). Desde los '60 y '70 se viene aplicando el término «cultura» a diferentes ámbitos para dar cuenta de otros «otros», como los pobres, los delincuentes, los jóvenes. La limitación que se puede plantear es que en esas aplicaciones el concepto arrastra muchos supuestos de cierta teoría antropológica preocupada por caracterizar la cultura en su coherencia, equilibrio interno, en su carácter homogéneo y totalizante. El empleo de los términos «cultura» y «subcultura» (con el que se pretendió subsanar lo anterior, pero que acentuó aún más la fragmentación) para retratar los agrupamientos juveniles nos reenvía a enfoques culturalistas que ponen el énfasis en los rasgos culturales de ciertos grupos considerados como una producción autónoma, ofreciendo una perspectiva homogénea y estática que oscurece las complejas relaciones que se tejen entre los jóvenes y el conjunto social, que están en la base de los procesos de agrupamiento.

Por su parte, resulta llamativa la amplia difusión que el término «tribu» ha cobrado durante la última década y media. Se observa que la fuerte seducción que ejerce la analogía tribal, no sólo ha alcanzado a distintos investigadores sociales, sino fundamentalmente a los medios de comunicación, y a los propios miembros de los grupos juveniles.

Althabe (1999) ha destacado que en la antropología francesa, el uso de «tribu urbana» para designar a los grupos de jóvenes de los suburbios, se inscribe dentro de una práctica analógica que consiste en utilizar nociones elaboradas en el marco de la «antropología de lo lejano» para comprender fenómenos de la sociedad francesa contemporánea. Tal práctica analógica -que el autor considera tramposa y carente de valor interpretativo- estaría encaminada a introducir una distancia, un extrañamiento, en el marco de una perspectiva epistemológica según la cual el conocimiento antropológico sólo puede producirse en el interior de un universo extraño al investigador.

En otro sentido, algunos antropólogos comenzaron a advertir sobre esta perspectiva que encuentra en los grupos juveniles contemporáneos un retorno a lo tribal, teniendo en cuenta la carga peyorativa que el término

*tribu* fue adquiriendo en el transcurso de los años (Alpini, 2003).

Como se expuso, a lo largo de la década del '90 y hasta nuestros días, gran parte de los estudios sobre juventud han enfocado un eje privilegiado alrededor de los aspectos culturales de la vida social joven, sus producciones y consumos simbólicos, estilísticos y estéticos como generadores de adscripciones colectivas, usualmente retratadas como «tribus», «culturas» o «subculturas». Resulta notoria la dificultad que presentan los trabajos que se inscriben en esta línea de investigación, para penetrar en las relaciones entre tales aspectos expresivo-simbólicos que definirían la identidad de cada «tribu» y otras dimensiones de la vida social, como su articulación con determinadas condiciones políticas y materiales, autonomizando hasta cierto punto la existencia y el devenir de tales «tribus» respecto del contexto histórico, político y social. Muchos autores exhiben un deleite por detectar y describir una constelación de elementos compartidos por un grupo determinado, «desplazando del análisis otros ámbitos de inserción-exclusión de los sujetos, por ejemplo, su relación con el Estado a través de la escolarización, su inserción subordinada en procesos productivos capitalistas, su relación con la violencia y el poder» (Padawer, 2004).

En general, el empleo de los distintos términos considerados puede verse como un retorno a posiciones esencialistas y culturalistas que presuponen sujetos homogéneos, y que sobredimensionan los aspectos expresivos y simbólicos de los múltiples agrupamientos (vestimenta, apariencia, géneros musicales, ideas), desatendiendo otras dimensiones estructurales de la vida social, cayendo muchas veces en «descripciones pintoresquistas» (Padawer, 2004) en torno a un conjunto de rasgos que caracterizarían a cada «banda», «subcultura» o «tribu», lo que acabaría produciendo figuras estereotipadas.

En resumen, tal vez el mayor cuestionamiento que se puede realizar a ciertos enfoques hoy muy difundidos para abordar la realidad juvenil es el carácter fragmentado del discurso descriptivo, que aísla las producciones simbólicas de las relaciones sociales que entran en juego, y de este modo, desatiende aquello que condiciona y posibilita esas realidades que se describen. La tendencia predominante es la de presentar a los jóvenes como configurando «tribus», a modo de universos ajenos y exóticos, como totalidades integradas que presentan un «estilo» que les es propio, que pocas veces se explican en sus interconexiones con el conjunto

social. Así, el devenir y la lógica de comportamiento de estos grupos se desgajan de las transformaciones en la estructura social producidas en las últimas décadas, y en especial, de la problemática del trabajo. En otras palabras, contrariamente a lo que se sostiene como posición teórica, y a las frecuentes invocaciones a la complejidad y al pensamiento relacional, se ofrece una visión de los jóvenes como una categoría de sujetos que se explica por sí misma, y no en sus múltiples articulaciones, lo que implicaría desconocer el carácter histórico de la existencia de los jóvenes, y sustraerlo del conjunto de relaciones sociales en que se inscribe. Y por este camino, tal vez sin quererlo, se estaría contribuyendo a acentuar la exclusión y segregación de estos sujetos.<sup>2</sup>

## 2- Del grupo primario y la retórica de la comunidad

Del recorrido anterior se desprende que hacen falta nuevas construcciones conceptuales que permitan captar la complejidad de fenómenos concretos como las prácticas de adscripción identitaria de los jóvenes, y que sean pertinentes a la escala de análisis en la que nos ubicamos. En este sentido, deseo insistir una vez más en la limitación que implica trasladar una categoría general como la de «cultura» para comprender procesos y situaciones a escala de sus configuraciones cotidianas.

Por el momento, he elegido conceptualizar a la modalidad de agrupamiento juvenil examinada en mi investigación a través de la categoría de *grupos de pares barriales*, lo que me ha llevado a revisar el concepto de grupo, y en especial, la noción sociológica de *grupo primario*, que integró el marco teórico tanto de la Escuela de Chicago, como del funcionalismo norteamericano. A su vez, he intentado explicitar y problematizar algunos conceptos articulados al de *grupo primario* como los de *desorganización social*, *desviación* y *anomia*, que continúan apareciendo implicados en los actuales estudios sobre bandas y pandillas, con la incorporación, más recientemente, de la teoría de la *infraclass*.

Para entender la centralidad que, primero los de la Escuela de Chicago y luego los funcionalistas otorgaron al «grupo primario», hay que volver la mirada a Charles Horton Cooley, unánimemente reconocido como el primero en llamar la atención sobre su importancia, y en acuñar el término. Según su definición, el grupo primario se caracteriza por las relaciones personales, in-

timas, cara a cara, lo que sin embargo no significa que las relaciones al interior del grupo sean siempre amistosas.

Los grupos primarios que destacó Cooley son la familia, el grupo de juego, la pandilla, el vecindario. Son primarios porque son generalmente los primeros que integramos en la vida y también porque tienen una importancia primaria ya que pueden conformar los valores y hasta la identidad de sus miembros.

La Escuela de Chicago se preocupó por enfocar los procesos que estaban llevando a la desintegración de los grupos primarios en el marco de lo que ellos entendieron como un contexto de «desorganización social». La «desorganización social» remite al debilitamiento de las reglas sociales, de los valores colectivos de un grupo, que ya no ejercen su influjo sobre los individuos, dando por tanto lugar a un crecimiento de las prácticas individuales. Este fenómeno es propio de las sociedades que experimentan cambios rápidos, y de los grupos sometidos a procesos migratorios. En el caso de las poblaciones migrantes a los EE.UU. desde fines del siglo XIX. que analizaron los sociólogos de Chicago, se distinguieron dos tipos de desorganización: la familiar y la comunitaria.

En general, se va a tender a un proceso de «reorganización», a través de la supervivencia, aunque atenuada y elástica, de algunos valores y formas culturales del grupo original. Pero los individuos de la segunda generación de migrantes serán depositarios de mayores presiones para alcanzar una asimilación completa al nuevo contexto, lo que va a dar lugar a comportamientos que, en la versión de esta Escuela, se concibieron como «desviaciones». La exigencia de «desahacerse de sus lazos antiguos para inventarse nuevos», lejos de acelerar la asimilación, debilitó las instituciones comunitarias, produciendo la aparición de formas de delincuencia, vagancia, alcoholismo, etc. Cabe aclarar que cuando se habla de «asimilación» se la está pensando en términos psicológico-sociales, sin atender a los aspectos económicos y laborales (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

Se puede adelantar ya el desenlace de las investigaciones de los de Chicago, un acorde final en el que van a coincidir con el funcionalismo: el himno al grupo primario como quizás paradójica pero no inesperada resolución de los problemas de una sociedad que saben irrecuperablemente compleja (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999: 42).

Así, los intelectuales en los EE.UU. comenzaron a descubrir las virtudes del grupo primario, cuyo prototipo es

la familia nuclear «biológica». La sociedad era pensada como una red de lazos sociales que se manifestaba en pequeños grupos donde se dan contactos cara a cara y relaciones primarias, que se diferencian de las relaciones secundarias o impersonales.

¿Cómo fueron pensados desde esta perspectiva, aquellos grupos que se denominaron *bandas* o *pandillas juveniles*?

En el contexto de la desintegración de los grupos primarios, por los procesos de urbanización, industrialización e inmigración, se va a producir el nacimiento de formas sustitutas de esos lazos primarios debilitados. Así, estos estudiosos se enfrentaron al surgimiento de nuevos grupos tales como las pandillas, o el crimen organizado, que constituirían un reflejo simétrico de los grupos primarios, pero «inauténtico». Aunque también implican relaciones íntimas y cara a cara, fueron desaprobados en tanto sus valores entraban en contradicción con los del conjunto de la sociedad. Las soluciones a la «desorganización», se orientaban a fortalecer los grupos primarios «auténticos», consideran como la mejor instancia de control social. De todas maneras, las pandillas fueron hasta cierto punto valoradas como favorecedoras de la integración a la sociedad estadounidense, siempre que constituyesen una respuesta transitoria y efímera a la desorganización social (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

Cuando los funcionalistas redescubrieron la importancia del grupo primario, lo hicieron a partir de reconocer que aún en las sociedades de masas, los individuos siguen estando influidos por su pertenencia a los pequeños grupos, que continúan siendo los más efectivos modos de control social.

En los grupos primarios se generan normas compartidas, que proveen a sus miembros percepciones comunes de la realidad social, y se genera una cohesión que desalienta cualquier intento de desvío individual. El enfoque funcionalista prioriza la integración en el grupo antes que la confrontación entre grupos. El concepto de grupo tiende a abstraerse de todo presupuesto social e histórico, no interesa su historia ni cómo ha llegado a constituirse, sino las interacciones en su interior. De ahí el auge que tuvieron los estudios de psicología social funcionalista, en especial sobre dinámica de pequeños grupos. (Cambiasso y Grieco y Bavio, 1999).

Según Cambiasso y Grieco y Bavio (1999), la Escuela de Chicago y el funcionalismo compartieron un enemigo en común: el individualismo. Se opusieron a todo aquello que implicara dejar al individuo librado a sí mis-

mo. Y destacan que ese enemigo común reaparecerá en todo el pensamiento social norteamericano, hasta llegar a las nociones comunitaristas y multiculturalistas triunfantes en las décadas del '80 y '90. Debe notarse que estas posiciones conservadoras o neoconservadoras se dan a la par de otra línea norteamericana que exalta la iniciativa individual. Para decirlo en otras palabras, la enfática apelación a las bondades de la comunidad, a la que asistimos desde finales del siglo XX, constituye una tendencia teórica dentro del neoliberalismo que convive con el liberalismo doctrinario de viejo cuño, centrado en la autonomía de la persona y la individualidad (Díaz Polanco, 2000).

Alvarez Uría (1998), en un interesante análisis, ha mostrado cómo la sociología norteamericana de las últimas décadas ha aportado argumentos a la retórica de la comunidad., argumentos en los que resuenan los ecos de los postulados centrales de los autores de Chicago y de los funcionalistas, sólo que en este caso, ese discurso se inscribe como fundamento de un ataque a las políticas sociales y al Estado de Bienestar. Por ejemplo, Murray (1984, en Alvarez Uría, 1988) es uno de quienes ha propuesto retornar a las «instituciones naturales»: la familia, el municipio, las relaciones de vecindad. En ellos se puede acceder a satisfacciones, respeto propio, recompensas, se comparten valores y se asumen esfuerzos y responsabilidades. Las políticas sociales han matado el sentido de responsabilidad y esfuerzo, y han destruido los lazos comunitarios, generando individualización y conductas anómicas. En el esquema de Murray, la política de subsidios, la cultura del Welfare, se asocia con la cultura de la «infraclase», trayendo como efecto no deseado, que en la pobreza se generen comportamientos al margen del mercado y de los valores morales de la clase media blanca.

Por su parte, quienes estudian el tipo de grupalidades juveniles definidas como «tribus urbanas», ven en ellas una forma de retorno a la comunidad perdida en el sistema social de nuestros días, una vuelta a los contactos cara a cara, a los viejos mecanismos de identificación. Creo que estos planteos no son ajenos a ese renovado interés en el campo de los pequeños grupos y las relaciones interpersonales. Pero también los miembros de las tribus buscarán marcar su presencia a través de un impacto visual y de ciertos comportamientos colectivos que de nuevo los colocan en un lugar de desaprobación.

En síntesis, hoy se ha vuelto a poner la mirada sobre las afiliaciones grupales, como ámbitos de satisfacciones, reconocimientos y cohesión social. En cuanto a

las grupalidades que conforman los jóvenes, habría una tradición de pensamiento que considera que, hoy como hace un siglo, éstos comparten algunos de los rasgos de los grupos primarios «naturales», pero contradicen otros, y esta cualidad de ser grupos primarios «a medias» favorece la valoración pendular que se proyecta sobre estas asociaciones, a un mismo tiempo entronizadas y condenadas. La paradójica concepción que instaló Thrasher (1960 [1927]) sigue teniendo vigencia: los grupos de pares, ¿son el reino del orden o de la desorganización?, ¿constituyen formas de desviación, o son canales que promueven la integración del joven a la sociedad?

### 3- *Construyendo una perspectiva de análisis relacional*

De este modo, mi recuperación del concepto de *grupo*, ha implicado el esfuerzo por ubicarlo en una perspectiva de análisis que ni lo aisle del funcionamiento global de la sociedad, ni lo observe antitéticamente como campo de «integración» o «desviación». Apartándome de aquellos paradigmas que exaltan el ideal de la comunidad y la solidaridad en los círculos sociales de pequeña escala, y también de aquéllos que patologizan los espacios gregarios juveniles, he abordado un tipo de grupo en particular: se trata de grupos de pares desplegados por jóvenes que conviven en un mismo entorno barrial de pobreza, que fueran conformados en los años que marcan el tránsito del siglo XX al XXI.

He elegido conceptualizar a estas formas de agregación juvenil a través de la categoría de *grupos de pares barriales*. Son grupalidades de base barrial que a diferencia de otras surgidas en el ámbito escolar o laboral, en centros recreativos o en otros espacios de sociabilidad, tienen por rasgo distintivo el hecho de reunir a sus integrantes a partir de la proximidad física de su residencia. En este sentido, a través de la categoría propuesta lo que se intenta es ubicar a estos agrupamientos en determinada trama socio-espacial.

Entiendo a estos *grupos de pares barriales* como una red de relaciones sociales entre jóvenes, cuyo devenir, dinámica interna y lógica de comportamiento están penetrados por una época histórica, y de este modo, se diferencian, pero también expresan continuidades con grupalidades constituidas en otros espacios y otros tiempos, en especial en su relevancia como espacios de identidad.

Dichas formas de agrupamiento entre pares conciertan un entramado complejo de significaciones y valoracio-

nes que no resultan evidentes de manera inmediata. Las razones para estar juntos trascienden el campo de la amistad que, en apariencia, podría presentarse como la dimensión articuladora de estos espacios juveniles. De este modo, el esfuerzo del trabajo de investigación ha estado encaminado a penetrar en profundidad y desentrañar la madeja de significaciones y lógicas de comportamiento que se condensan en torno al agrupamiento juvenil.

Hablar de «grupo» como un campo de «relaciones sociales», supone abordar estos agrupamientos en sus múltiples articulaciones a las dimensiones económicas, sociales y políticas. Supone la idea de que tales grupos no son autónomos, sino que están atravesados por las condiciones generales de existencia de los jóvenes.

Quisiera ofrecer una mayor explicitación del sentido que le otorgo a esta noción de grupalidad entendida como campo de relaciones sociales. Ante todo, implica concebir al grupo como un ámbito en el que tiene lugar una co-construcción conjunta de cierto tipo de intercambios, prácticas y representaciones, que transvasan la experiencia de la amistad. Si bien los lazos de amistad y afinidad no son ajenos a la dinámica interna de estos agrupamientos, me interesa subrayar que en esa co-construcción conjunta se llegan a constituir relaciones que van más allá del plano de la amistad, en las que se van implicando reciprocidades, complementariedades, diversas formas de ayuda mutua, que permiten pensar al grupo como una modalidad de reproducción física y social.

Para jóvenes cuya existencia está teñida por el abandono de una escolaridad que ya no representa una esfera de pertenencia identitaria, por la carencia de inserciones laborales que, cuando se presentan, resultan frustrantes e insatisfactorias, por experiencias «turbulentas» en una vida familiar fragilizada, y por distintas formas de segregación y aislamiento en un contexto de fuerte desigualdad, la grupalidad se convierte en la base de determinadas relaciones sociales que tienen que ver con la posibilidad de inserción en el mundo social de una época.

En otras palabras, la grupalidad emerge como red de relaciones que se construyen en conjunto, en un tiempo y espacio particulares, comportando intercambios que rebasan la amistad. El grupo es un lugar en donde se comparten el acompañamiento, la aventura y la excitación, pero también se orienta a cuestiones ligadas con las presiones de la subsistencia, como el acceso a recursos y protección.

Como se ve, la orientación que le doy a la problemática planteada exige nuevas construcciones conceptuales. ¿Qué queda en ella de las perspectivas clásicas sobre el grupo juvenil? Posiblemente, lo que aquí deseo retener es esa mirada ambivalente en torno al fenómeno de la grupalidad, para desde allí explorar los vaivenes y contradicciones que contiene, y poder mostrar cómo se revela esa ambivalencia -en el caso particular de los grupos que contemplo- a través de la conjugación de lógicas y sentidos contrapuestos.

El tipo de análisis relacional que he construido para acercarme a esas grupalidades se apoya en Achilli (2005):

La idea de no fragmentar, no automatizar las problemáticas bajo estudio supone retomar y discutir con más profundidad importantes caminos para entender nociones como «totalidad» y cómo lograr, o cómo no traicionar, aquello que pretendemos alcanzar en nuestros propios trabajos. Es decir, conocer y construir/comunicar esos conocimientos desde un modo de *pensar dialéctico* que, en principio, no separe ni fragmente aquello que nos interesa acceder en su particularidad y, por ello, ni reducir la complejidad que supone, ni quedar limitados a meras abstracciones generales (...) (págs.14-15).

Tal como se vio, el tipo de mirada predominante en ciertas investigaciones actuales sobre juventud, podría incluirse dentro de lo que Menéndez (2005) ha referido como «enfoques a-relacionales»:

Una parte sustantiva de las investigaciones se caracterizan actualmente por ser a-relacionales. O lo que es más interesante, se caracterizan por hablar de relaciones sociales en el nivel de las propuestas teóricas, pero las relaciones sociales no aparecen en sus descripciones etnográficas o sólo suelen aparecer en el imaginario de sus informantes, pero no en los procesos sociales descritos y analizados. (Menéndez, 2005)

Este autor realiza otro señalamiento que me interesaría complejizar. Se refiere al énfasis que estos trabajos ponen en

(...) el punto de vista del actor, que en los hechos supuso la descripción y análisis a partir de la perspectiva de «un» solo actor. De tal manera que la descripción de los «adictos», de los «gay», o del «género femenino», pero también de los «obesos», de los «discapacitados», o de los «jóvenes» se centraron casi exclusivamente en lo que dicen los sujetos caracterizados por ser alcohóli-

cos, obesos o jóvenes. No se analizan ni describen los diferentes actores significativos con los cuales los alcohólicos, los drogadictos o los jóvenes entran en relación, ni por supuesto las relaciones que se dan entre ellos. Sólo se presentan los testimonios, las voces, las narrativas, las experiencias, y/o las interpretaciones sociales del actor seleccionado incluyendo sus saberes sobre los «otros» (Menéndez, 2005).

Pareciera que el autor concibe lo relacional como un poner en vinculación la «perspectiva del actor» con las de otros actores significativos. En nuestro caso nos interesa analizar cómo los jóvenes se contemplan a sí mismos y a la sociedad, y en ello rastrear los modos de *concreción* de otros componentes de la realidad como «totalidad», y sus múltiples intersecciones y determinaciones.

Para llegar a dilucidar el carácter y la lógica de los agrupamientos juveniles, he puesto en juego diferentes dimensiones analíticas inscriptas en niveles contextuales de distinta magnitud.

- Un nivel contextual de mayor generalidad se vincula a la particular estructuración sociohistórica y política que toma forma en los años que marcan el tránsito del siglo XX al siglo XXI, en el transcurso de los cuales, los sujetos de esta investigación viven su infancia y su adolescencia, y que remite a los procesos de profundización de las desigualdades sociales y estructuración de la pobreza argentina. Dentro de este nivel que bucea en la espesura histórico-política de una época, elegí concentrarme en torno a dos grandes procesos que forman parte del conjunto de transformaciones del período aludido, que me permiten iluminar las biografías juveniles y sus prácticas grupales:

\* Las políticas de juventud en el marco de un Estado neoliberal, y las concepciones en que se sustentan, que expresan los modos en que el Estado pone en circulación esquemas de percepción sobre la cuestión de los jóvenes. Las orientaciones y paradigmas en que se sostienen las decisiones estatales en relación a los jóvenes, dan cuenta de una determinada producción de la *juventud* que no puede entenderse por fuera del contexto histórico general.

\* Las políticas y transformaciones sociourbanas que conducen a la conformación de enclaves de concentración de pobreza en

ciudades como la de Rosario, en los que se entrecruzan políticas públicas de organización del espacio urbano, y políticas generadas desde los sujetos en pos de un lugar donde habitar, tejiéndose una vida interna teñida de conflictividades, estigmatización y aislamiento, que constituye el fondo sobre el que se delinear las vidas juveniles.

- A su vez, he diferenciado un nivel contextual más específico, que entiendo como la escala de los ámbitos cotidianos de la vida social de los jóvenes: urbano-barrial, familiar, escolar, laboral. Se trata de ámbitos que se modifican mutuamente, y en los que se están expresando las transformaciones del presente identificadas en la escala contextual más general, las que, por otra parte, también contienen huellas de temporalidades pasadas (Achilli, 2005). Cada una de estas esferas cotidianas condensa un universo de procesos y experiencias juveniles en los que se crean y recrean representaciones, valoraciones y sentidos colectivos, hegemónicos y de resistencia. Así, en este nivel he abordado las siguientes dimensiones:

- \* Los procesos y experiencias urbano/barriales

- \* Los procesos y experiencias en la vida familiar

- \* Los procesos y experiencias escolares y laborales

La orientación epistemológica relacional asumida en esta investigación, reposa sobre algunas concepciones contenidas en el método que Marx propusiera en el campo de la economía política, y su noción de «totalidad». De acuerdo con tal orientación, he intentado identificar relaciones más amplias y más específicas, procurando no autonomizar los diferentes niveles contextuales y dimensiones analíticas que he desagregado, sino abordarlos en sus múltiples entrecruzamientos, con el fin de alcanzar una mayor inteligibilidad de ese campo concreto y complejo que constituyen las grupalidades juveniles contemporáneas.

De este modo, el cuerpo de dimensiones analíticas que presento como componentes de la problemática, no se entiende como un modelo cerrado de procesos mecánicamente relacionados, sino como una perspectiva general que permite penetrar la interacción dialéctica entre esos múltiples procesos y experiencias que con-

dicionan y posibilitan los particulares agrupamientos juveniles que me interesa conocer.

La construcción de este modelo, brinda la ocasión de trabajar desde un enfoque que no explique las prácticas gregarias juveniles por referencia a presuntas características patológicas de su conducta, y que tampoco lleve a la linealidad de concebir sus experiencias concretas como el resultado mecánico de ciertas transformaciones estructurales. Más bien se trata de abordar un conjunto de prácticas, situaciones y procesos «a escala de sus configuraciones cotidianas»:

(...) hablar de la configuración cotidiana de determinados procesos o prácticas implica considerar las huellas de distintos tiempos y «espacios» / situaciones que se van entrecruzando en el presente. De ahí que su estudio se aleja de ciertas concepciones difundidas acerca de lo cotidiano -entendido como espacio «micro» de los fenómenos del presente. Más bien se lo considera como una zona de nexos concretos entre diferentes escalas y dimensiones que, sin entenderlas como «causales», intentan mostrar las condiciones y límites al interior de los cuales se configuran los cotidianos particulares.» (Achilli, 2000: 16-17).

De este modo, para llegar a saber de qué grupos juveniles estamos hablando la investigación transitó un «camino de ida y vuelta», que, a partir de los jóvenes en las *esquinas*, avanzó hacia la identificación de un conjunto de condiciones y relaciones más amplias y más específicas, para alcanzar una explicación compleja de ese sujeto de estudio.

Los *grupos de pares barriales* se sitúan en el punto de intersección de las dinámicas políticas, económicas y espaciales. Su análisis reveló la articulación compleja de diferentes lógicas de comportamiento colectivo, que combinan la reproducción cotidiana de los jóvenes y de los espacios grupales que integran, con la protección y el acompañamiento mutuos, la diversión y la excitación compartidos, y la posibilidad de expresión y reconocimiento público, trayendo a escena los múltiples cruces entre la vida grupal juvenil y los distintos procesos de la vida social contemporánea. En esos cruces habita la paradoja de la grupalidad, brindando refugio, pertenencia y posibilidades de sobrevivencia, pero reforzando también la estigmatización y el aislamiento impuestos a los jóvenes pobres por las dinámicas estructurales.

## Notas

<sup>1</sup> Pueden mencionarse los trabajos de A.Cohen (1955) citado en Castillo Berthier (2004); M.Miller (1958) y M.Klein (1968) citados en Hagedorn (2005).

<sup>2</sup> Quisiera mencionar que muchos trabajos, aún aplicando las categorías teóricas que se han puesto en discusión, alcanzan un nivel explicativo complejo, y la adopción de las mismas tal vez esté reflejando la carencia de construcciones conceptuales nuevas más pertinentes.

## Bibliografía

ACHILLI, Elena. 1984. «Cultura escolar. El olvido de la heterogeneidad en la escuela». *Revista Paraguaya de Sociología*. Año 21 N°60. Mayo-Agosto de 1984. 93-102.

\_\_\_\_\_. 2000 «Escuela y Ciudad. Contextos y lógica de fragmentación sociocultural». *Escuela y Ciudad. Exploraciones de la vida urbana*. Avjilli y otros. Rosario, UNR Editora y Cea-Cu Ediciones.

\_\_\_\_\_. 2005 «De memorias y experiencias urbanas. una presentación». *Memorias y experiencias urbanas*. Achilli y otros. Rosario, UNR Editora.

ALPINI, Adriana. 2003. «Vuelven las tribus?». Serie *Ser Urbano* XI, [www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/0105/tribu.htm](http://www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/0105/tribu.htm), visitado el 19-06-03.

ALTHABE, Gérard y SCHUSTER, Félix (comps.). 1999. *Antropología del presente*. Buenos Aires, Edicial.

ALVAREZ URÍA, Fernando. 1998. «Retórica neoliberal. La gran ofensiva de los científicos sociales contra las políticas sociales en EE.UU.». *Claves de Razón Práctica*, n° 70, págs. 20-28.

BOURDIEU Y WACQUANT, Loïc. 2001. *Las argucias de la razón imperialista*. Barcelona, Paidós.

CAMBIASSO, Norberto y GRIECO Y BAVIO, Alfredo. 1999. *Días felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al Funcionalismo*. Buenos Aires, Eudeba.

CASTELLANI, Alexandra. 1994. *Senza chioma ne legge. Skins italiani*. Roma, Manifestolibri.

CASTILLO BERTHIER, Héctor. 2004. «Pandillas, jóvenes y violencia». *Desacatos*, n° 14, págs. 105-156.

COSTA, PERE-ORIOU y otros. 1996. *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*. Barcelona, Paidós.

FEIXA, Carles. 1992. «De las Bandas a las Culturas Juveniles». *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. IV, n° 15, págs. 139-170.

HAGEDORN, John (s/f), «Definitions of gangs», Seminarios on line sobre bandas, <http://www.gangresearch.net/GangResearch/Seminars/definition/Cdef/htm>, visitado el 10-02-04.

\_\_\_\_\_. 1998. «Gang Violence in the Postindustrial Era». *Crime and Justice*, vol.24. <http://www.journals.uchicago.edu/C/abstracts/Chicago/abstract/html>, visitado el 10-02-04

\_\_\_\_\_. 2003. «Gangs and Community». *The Encyclopedia of Community*. Christianson, Karen y David Levenson (eds.). Sage Publications, págs. 517-522, <http://www.gangresearch.net/Archives/hagedorn/gangcont.html>, visitado el 15-01-05.

\_\_\_\_\_. (ed.) 2005. *Gangs in the global City*. Champaign, University of Illinois Press (en prensa). <http://www.gangresearch.net>, visitado el 13-09-05

HALL, Stuart y Tony JEFFERSON (eds.). 1983/1976. *Resistance through Rituals. Youth subcultures in post-war Britain*. Londres, Hutchinson.

KESSLER, Gabriel. 2002. «De proveedores, amigos, vecinos y «bardereros»: Acerca de trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires». *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90*. Beccaria, Luis et al. Buenos Aires, UNGS-Biblos.

\_\_\_\_\_. 2004. *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.

MAFFESOLI, Michael. 2004/1988]. *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. México, Siglo XXI.

MARX, Karl. 1977. *Líneas Fundamentales de la Crítica de la Economía Política*. Buenos Aires, Grijalbo.

MENÉNDEZ, Eduardo. 2005. «Lazos, redes y rituales sociales, o las desapariciones melancólicas». Conferencia en el I Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología. Rosario, inédito.

MONTESINOS, María Paula et al. 2005. «Haciendo «uso» de los conceptos. Aportes para una reflexión crítica sobre la producción y circulación de conceptos y categorías en las políticas educativas y la cotidianeidad escolar». *VI Reunión de Antropología del MERCOSUR*. Montevideo (versión en CD)

PADAWER, Ana. 2004. «Nuevos esencialismos para la antropología: las bandas y tribus juveniles, o la vigencia del culturalismo». Trabajo presentado en el VII Congreso Argentino de Antropología Social. Villa Giardino (versión en CD).

SANTIAGO, Fernando. 2002. «Chicos malos». *Juventud, precariedad y delito*. Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento.

SILVA, Juan Claudio. 2002. «Juventud y tribus urbanas: en busca de identidad». *Ultima Década*, n° 17, págs. 117-130.

THRASHER, Frederick. 1960/1927]. *The Gang*. Chicago, University of Chicago Press.

VIGIL, James Diego. 1994. *Barrio Gang. Street life and identity in Southern California*. Austin, University of Texas Press.

WHYTE, William Foote. 1971/1942. *La sociedad de las esquinas*. México, Diáfora.